

de vez en cuando con alguna observación, ó ya simplemente relatos sobre las expediciones, sobre el país natal, sobre los jefes.

Pasando junto á una de las tiendas del tercer batallón, oí la voz de Guskov que hablaba muy alegremente y sin denotar inquietud. Algunas voces, alegres también, pero que no eran de soldados, le contestaban. Evidentemente aquélla era una tienda de junkers ó de sargentos mayores; entonces me detuve.

—Le conozco desde hace mucho tiempo,—decía Guskov.— Cuando yo habitaba en San Petersburgo, muy amenudo venía á mi casa y yo iba á la suya. Frecuentábamos entonces la alta sociedad.

—De quién hablas?—preguntó una voz muy avinada.

—Del príncipe,—dijo Guskov.—Somos parientes y además antiguos amigos. Ya sabéis que vale mucho tal amistad. Es riquísimo, para él cien rublos son una bagatela. Le he pedido un poco de dinero, mientras me lo manda mi hermana.

—Bueno, pues, manda á buscar...

—Enseguida. Savelitch!—dijo Guskov avanzando hacia la entrada de la tienda.—Aquí tienes diez rublos, ve á la cantina y que te den dos botellas de vino y... qué más, señores? Decid vosotros...

Y Guskov, balanceándose, los cabellos en desorden, sin gorro, salió de la tienda. Apartando la punta de su capote, y metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón gris, paróse en el umbral. Aunque yo estaba en la sombra y él en la luz, temí que pudiera verme y, tratando de no hacer ruido, me alejé.

—Quién va?—gritó con voz avinada Guskov.

Sin duda el frío le hacía subir el vino á la cabeza.

—Quién demonio anda á caballo por ahí.

Yo no contesté y en silencio seguí mi camino.

Tres muertos

1859



Tres mujeres



ERA el otoño. Dos carruajes rodaban rápidamente por la carretera. En el primero de éstos iban dos mujeres, una de ellas, la que á juzgar por las apariencias era la señora, estaba muy pálida y era delgada; la otra, que parecía la doncella, era de sanos colores y gruesa; algunos cabellos cortos, y lacios le salían por debajo del sombrero ya viejo, los cuales procuraba arreglar con rápido movimiento con sus coloradas y relucientes manos; envuelto en una manta escocesa su robusto seno, todo en ella denotaba salud. A través de los cristales contemplaba los campos como hufan de su vista ó posaba tímidamente sus negros ojos sobre la señora, dando de vez en cuando una ojeada inquieta al fondo del coche.

Colocado delante de ella balanceábase el sombrero de su señora al que estaba atado un velillo finísimo. Llevaba en la falda un perrito, y apoyaba sus piernas sobre las cajas que llenaban el vehículo, llevando con ellas el compás al unísono con el ruido que producían los cristales y el incesante movimiento del carruaje.

Con las manos cruzadas y los ojos cerrados reclinábase débilmente la señora sobre los almohadones dispuestos detrás de ella. Tenía fruncidas las cejas, molestándola de vez en cuando una tos muy pertinaz y seca.

Llevaba en la cabeza un gorro de noche blanco, envolviendo su blanquísimo y delicado cuello con un fino pañuelo azul. Dividía

sus rubios y aplanados cabellos, una raya muy recta que iba á perderse debajo del gorro, la cual dábale un aspecto de frialdad y de muerte.

Apesar de su amarillento y ajado cutis, distinguíanse aun los rasgos finos y bellos de su cara, reflejándose en sus mejillas un suave color carmín. Tenía los labios secos, y agitados, las cejas muy claras y rectas. Su capa de viaje formaba rígidos pliegues sobre su hundido pecho.



Aunque sus ojos continuaban cerrados, se notaba en la cara de la enferma una expresión de profundo dolor y de sufrimiento continuado.

El criado dormitaba apoyado en su asiento. El postillón gritaba y fustigaba los caballos bañados en sudor, volviéndose de vez en cuando hacia el que guiaba el segundo coche. Las anchas paralelas que marcaban las ruedas sobre el barro del camino iban alargándose rápidamente hasta perderse en lontananza. El cielo estaba

ceniciento. Una neblina húmeda y fría iba posándose sobre los campos y los caminos. En el coche, el aire impregnado de agua de Colonia y polvo de la carretera, se hacía sofocante.

La enferma volvió la cabeza y lentamente abrió los ojos. Los tenía muy negros y brillábanle con intensidad.

—Todavía no?—dijo, apartando nerviosamente con su delgada y preciosa mano la capa de su doncella que le rozaba ligeramente la pierna, haciendo al propio tiempo una imperceptible mueca de dolor. Matriocha recogió la capa con las dos manos y fué á sentarse un poco más lejos; su fresca cara coloreóse aun más.

Los oscuros y hermosos ojos de la enferma iban siguiendo atentamente todos los movimientos de la doncella.

La señora apoyó sus manos contra el asiento á fin de poderse levantar para sentarse un poco más arriba, pero las fuerzas le faltaron. Torció entonces la boca y su cara tomó una expresión de ironía profunda y de impotencia. «Si tú me ayudarás... No, no hace falta! Ya voy bien así. Ten cuidado no me vayas á echar encima todos esos sacos... Preferible es que no me toques, pues no me has comprendido.

Cerró la señora los ojos y levantando luego rápidamente los párpados miró á su doncella. Matriocha mordíase sus labios rojos mientras contemplaba á su señora. Un hondo suspiro escapóse del pecho de la enferma, suspiro que antes de terminar transformóse en un acceso de tos. Se revolvía toda mientras apretaba contra el pecho sus crispadas manos; al cesar la tos cerró los ojos, manteniéndose inmóvil. En esto los dos coches llegaban al pueblo.

Matriocha sacó su gruesa mano del mantón en que la llevaba envuelta y se persignó.

—Qué es eso?—preguntóle la señora.

—Es la parada, señora.

—Que por qué te persignas, te pregunto.

—Señora, porque estamos delante de la Iglesia.

La enferma volvióse del lado de la portezuela y lentamente fué persignándose mientras contemplaba la alta iglesia del pueblo, á la que iba contorneando el coche.

Los dos carruajes detuviéronse juntos cerca de la parada.

De la carretela, bajaron el marido de la señora y el doctor. Ambos acercáronse al otro coche.

—Cómo os encontráis?—preguntóle el doctor, mientras le tomaba el pulso.

—Cómo sigues? estás mejor?—le preguntó en francés el marido.—No quieres salir?

Matriocha arreglaba mientras tanto los paquetes en un rincón del coche para no estorbar la conversación.

—Igual... siempre igual; pero no quiero salir,—respondió la enferma.

El marido quedóse un instante cerca del coche, el cual entró luego en la posta. Matriocha saltó del carruaje, corriendo por el fango con la punta de los pies hasta la puerta cochera.

—No es una razón que vos no almorcéis porque yo esté enferma,—dijole al doctor que estaba cerca de la portezuela, dejando asomar á sus labios una débil sonrisa.

«Ninguno de los dos se interesa por mí», se dijo, mientras el doctor se alejaba atravesando rápidamente el patio de la parada. «Lo único que les importa es ir ellos bien, de lo demás no se preocupan; oh, Dios mío!»

—Bueno! Eduardo Ivanovitch,—dijo el marido, alcanzando al doctor, y frotándose las manos, con una sonrisa alegre.—He dado orden de que nos traigan algo que comer, qué os parece?

—Muy bien,—respondió el doctor.

—Y ella, cómo sigue?—preguntóle en voz baja el marido mientras dejaba escapar un suspiro al mismo tiempo que levantaba las cejas.

—Ya os dije, que era imposible que pudiese soportar un viaje á Italia, y ahora, Dios quiera que pueda llegar hasta Moscou... sobre todo con este tiempo!

—Pero, qué es lo que vamos á hacer? Ah, Dios mío! Dios mío! —exclamó el marido, ocultándose la cara entre las manos...

—Trae acá,—dijole al criado que traía la comida.

—Lo que debíamos haber hecho, era quedarnos,—dijo el doctor, encogiéndose de hombros.

—Pero, qué es lo que yo podía hacer?—replicó el marido.—Hice todo lo posible por retenerla, le puse de manifiesto nuestra situación, la imposibilidad de dejar nuestros hijos solos en casa, el abandono en que quedan nuestros negocios... todo ha sido inútil. Quiere pasar la vida en el extranjero, tiene echados sus cálculos para el porvenir... igual que si estuviera rebosando salud; revelarles en estos momentos su situación sería matarla.

—No debéis ignorar que está perdida, Vassili Dmitrievitch. Sin pulmones el hombre no puede vivir y éstos no se rehacen; es muy triste, yo lo comprendo; pero, qué le vamos á hacer? Vuestro deber, que es también el mío, no es otro que el de consolar y hacerle pasar felices los últimos días de su existencia. Sería necesario avisar á un confesor.

—Ah, Dios mío! No comprendéis cuál será mi situación, si me veo en el caso de recordarle los deberes supremos. Suceda lo que suceda, yo no le hablaré nunca de tal cosa... Es tan buena!

—De todas maneras, probad de convencerla para ver si podemos aplazar el viaje hasta pasado el invierno, pues de lo contrario puede muy bien sucedernos una desgracia en el camino,—dijo el doctor con un tono imponente mientras movía la cabeza.

—Axucha! Axucha!—gritaba con voz aguda la hija del dueño de la posta, poniéndose un pañuelo en la cabeza y corriendo por

las sucias gradas de la escalera de servicio.—Vamos á ver á la señora de Chirkino, dicen que se la van á llevar al extranjero para que se cure del pecho. Yo no he visto nunca ningún tísico!

Axucha dió un salto y cogidas de las manos salieron corriendo hasta llegar á la puerta cochera. Aflojaron el paso y pasaron por



delante del coche mirando por el cristal de la ventanilla. La enferma, que estaba de cara, al ver á las curiosas, volvióse del otro lado frunciendo las cejas.

—Madre mía!—dijo la hija del dueño de la parada volviendo rápidamente la cabeza.—Cómo ha cambiado! tan hermosa como era antes! Parece mentira. Has visto, has visto, Axucha?

—Ya lo creo que la he visto, y qué delgada está!—afirmó ésta.

—Vamos como aquel que se dirige hacia el pozo, y la veremos otra vez. Ves, no quiere volverse de cara, pero, sea como quiera, ya la he visto. Esto sí que es triste, Axucha!

—Cuánto barro!—dijo Axucha; y las dos franquearon corriendo la puerta cochera.

«Sin duda estaré desfigurada,—dijose la enferma.—Pronto, oh! lo antes posible al extranjero! Allí rápidamente me pondré del todo buena».

—Vamos, cómo te encuentras, querida?—preguntóle el marido acercándose al coche, mientras iba masticando todavía.

«Siempre la misma pregunta,—pensó la enferma,—pero él bien come».

—Bien,—dijo entre dientes.

—Sabes, amiga mía, que temo que el camino te fatigue demasiado, y Eduardo Ivanovitch es de mi mismo parecer. No sería muchísimo mejor que nos volviésemos?

Ella se calló, muy irritada.

—El tiempo cambiará, los caminos estarán en mejores condiciones, y tú también irás ya mucho mejor.

—Dispénsame. Pero si no te hubiese hecho antes caso, hace mucho tiempo estaría ya en Berlín del todo restablecida.

—Pero, no lo ves, ángel mío?... Es imposible, tú bien lo sabes, y si quisieras esperar un mes, estarías mejor, yo concluiría mis negocios y nos llevaríamos á nuestros hijos.

—Nuestros hijos están buenos, yo no lo estoy.

—Pero, mira, querida, comprende bien lo que quiero decirte, si con el tiempo que hace te sientes mal á mitad del camino... al menos en casa...

—Qué! en casa!... Morir en casa!—exclamó con amargura la enferma. La palabra *morir* la espantaba visiblemente... Miró á su marido con aire suplicante y como interrogándole. El bajó los ojos y se calló. De pronto la enferma contrajo la boca como hacen los niños y de sus ojos salieron abundantes lágrimas. El marido cubriéndose la cara con el pañuelo, se alejó silenciosamente del coche.

—No, ya sé que me he de ir,—dijo la enferma levantando los ojos al cielo, y juntando las manos empezó á murmurar palabras incomprensibles.

—Por qué?... Dios mío!—decía, mientras las lágrimas le caían más abundantes. Y oró largo tiempo con ardiente fervor mientras algo le oprimía el pecho dolorosamente.

El cielo, los campos, la carretera seguían oscuros y sombríos; la helada neblina de otoño caía sobre el barro del camino, sobre el tejado, sobre el coche, sobre las *tulupes* de los postillones, que hablaban alegremente en alta voz mientras engrasaban y limpiaban los carruajes...



II

EL carruaje estaba ya listo, pero el postillón tardaba aun, por estar en la izba charlando con los demás.

La izba estaba sombría, el calor era sofocante, el aire estaba enrarecido, sintiéndose el olor peculiar que despiden las habitaciones del hombre; además, olía á pan recién cocido, á coles y á piel de cordero. Algunos postillones había reunidos en la estancia. La cocinera estaba cerca de la estufa, sobre la cual había recostado un enfermo cubierto de pieles de carnero.

—Tío Fedor! Eh! tío Fedor!—dijo un joven postillón que entraba entonces en la habitación con la *tulupe* y el látigo colgado á la cintura, dirigiéndose al enfermo.

—Para qué llamas á Fedka, hablador?—dijo uno de los postillones.—Anda, en el coche te esperan ya.

—Le quiero pedir sus botas, porque las más están ya viejas,—respondió el joven colgándose los guantes en la cintura y sacudiendo su cabellera.—Pero, está durmiendo? Eh! tío Fedor!—repitió acercándose á la estufa.

—Qué?—pronunció una voz débil, y un rostro muy rojo y flaco levantóse de la estufa. Con la ancha mano descarnada y descolorida en extremo levantóse el *armiak* sobre la descarnada espalda cubierta con una camisa muy sucia.—Dame de beber, hermano! Qué es lo que quieres?

El joven tendióle un pequeño vaso de agua.

—Fedka!—dijo titubeando el joven,—á mí me parece que ya no tendrás necesidad de tus botas nuevas; me las puedes dar, porque creo que no andarás mucho con ellas.

El enfermo inclinó su cansada cabeza hacia el vaso, mojando sus lacios bigotes en aquella agua sucia, la cual apuró á sorbos pero con ansia. Su barba estaba embrollada y sucia, y sus ojos hundidos y vidriosos los levantó con dificultad hasta la cara del joven. Cuando concluyó de beber quiso levantar su mano para secarse los labios, pero no pudo lograrlo, secándose con la manga del *armiak*. Sin decir nada y respirando penosamente por la nariz, miraba fijamente al joven, procurando reunir sus fuerzas.

—Quizás las tienes ya prometidas á otro, me es igual,—dijo el joven.—Lo más principal para mí es que tengo que ir á trabajar, y como los caminos están mojados pensé pedir las botas de Fedka... porque creía que no las necesitaba; ahora, si tú las necesitas, dílo...

En el pecho del enfermo sintióse un ruido sordo é inclinóse ahogado por una tos gutural que no pudo vencer.

—Para qué le hacen falta? lo menos hace dos meses que no ha bajado de la estufa,—dijo la cocinera con estentórea voz que se oyó en toda la izba.—Ves de qué modo respira? A mí me hace daño cuando le oigo. No sé para qué demonio quiere las botas! No le amortarán con sus botas nuevas, y me parece que ya es hora de que se vaya, Dios me perdone! Ves qué modo de sufrir? hay que trasportarlo á otra izba ó á cualquier otro sitio. En la ciudad dicen que hay hospitales... además esto se va haciendo insoportable. Ocupa todo el rincón y ya no queda sitio, y por sí esto no bastaba aun se me exige la limpieza!

—Eh! Serioja! Anda, que los amos te esperan!—gritó desde fuera el jefe de la posta.

Serioja iba á salir sin esperar la respuesta, pero el enfermo, que tosía, le hizo seña con los ojos de que aguardara.

—Serioja, toma las botas,—dijo al fin ahogándose, después de reponerse un poco:—pero, escucha... que me compres una piedra cuando me muera,—añadió refunfuñando.

—Gracias, tío; entonces, las tomo... y la piedra te juro que te la compraré.

—Ten; vosotros lo habéis oído!—dijo aun el enfermo; y recostándose de nuevo volvió á toser lastimosamente.

—Sí, ya lo hemos oído,—dijo uno de los postillones.

—Aligera, Serioja; mira el jefe como corre otra vez. Es la señora de Chirkino la que espera.

Serioja quitóse rápidamente sus zapatos rotos y los tiró sobre el banco. Las botas nuevas del tío Fedor le venían justas al pie, y Serioja se las miraba mientras se dirigía al coche.

—Qué botas tan buenas! Trae que te las engrase,—dijo el postillón que tenía la grasa en la mano, mientras Serioja subía al



pescante y tomaba las riendas.—Te las han regalado?

—Me tienes envidia?—dijo Serioja, mientras se levantaba para envolverse las piernas con los pliegues del *armiak*.—Déjame!

—Cómo estamos, amigos?—gritó a los caballos. Levantó el látigo y los coches, con los viajeros, las maletas, los paquetes... desaparecieron en la oscura neblina de otoño, rodando rápidamente por la mojada carretera.

El postillón enfermo se quedaba allá sobre la estufa de la izba y, no pudiendo escupir, se volvía haciendo grandes esfuerzos del otro lado, calmándose algo después.

En la izba hasta la noche todo fueron idas y venidas; se hablaba, se comía... el enfermo ni se oía. Antes de la noche la cocinera subió a la estufa y le hechó la *tulupe* sobre las piernas.

—No te enfades conmigo, Natasia,—pronunció el enfermo.— Pronto se verá desalojado tu rincón.

—Bueno, bueno, eso no le hace,—murmuró Natasia.—Pero, qué es lo que te duele?

—Todo lo de dentro está enfermo... Dios sabe lo que tengo.

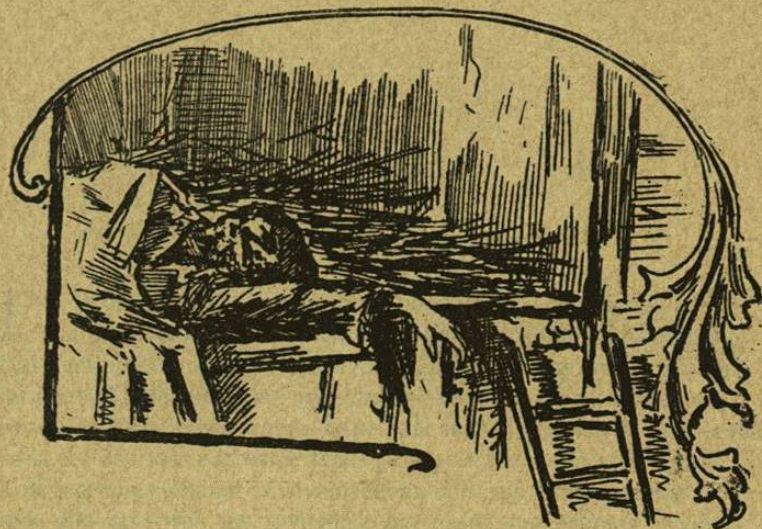
—La garganta también te dolerá cuando toses?

—Todo me duele, es la muerte que ha llegado... Oh! oh! oh!—gimió el enfermo.

—Cúbrete los pies... ten... así,—dijo Natasia cubriéndole con el *armiak* y bajando de la estufa.

Durante la noche, un farolillo alumbraba débilmente la izba, Natasia y unos diez postillones que roncaban fuerte, dormían sobre el suelo ó sobre los bancos. Sólo el enfermo seguía gimiendo débilmente, tosiendo y agitándose sobre la estufa. Por la madrugada se calmó del todo.

—He tenido un sueño muy raro esta noche,—dijo la cocinera desperezándose a la débil claridad de la mañana.—He visto al tío



Fedor que bajaba de la estufa é iba á cortar leña.—Dame, Natasia, decía, que te ayudaré, y yo le respondía: No ves que no podrás cortarla?... pero él, coge el hacha y las astillas saltan, y saltan... Basta, le dije, estás loco! No, me respondió, estoy bien. Cuando se puso de pie me entró un gran miedo, grité... y me he despertado. Puede que esté muerto... Tío Fedor! Eh! tío Fedor!

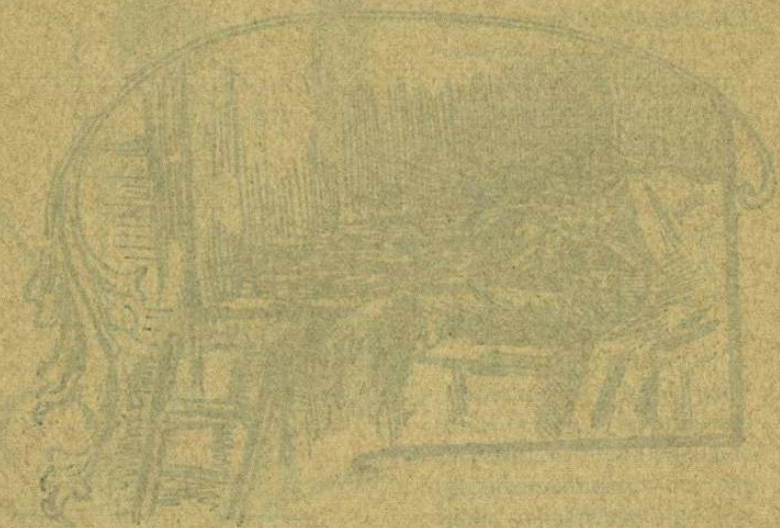
Fedor no respondía.

—Hay que ver si verdaderamente está muerto,—dijo uno de los postillones levantándose.

La flaca mano cubierta de pelos rubios colgaba fuera de la estufa y estaba fría y cadavérica.

—Tenemos que participárselo al jefe, pues parece que está muerto,—dijo un postillón.

Fedor no tenía familia; era de muy lejos. Al otro día lo enterraron en el cementerio nuevo, detrás del bosque, y Natasia, durante muchos días, fué contando á todo el mundo su sueño, diciendo que había sido la que primero había adivinado la muerte del tío Fedor.



III

ERA la primavera. En la ciudad, por las húmedas calles, pequeños riachuelos murmuraban entre los sucios témpanos de hielo. Los vestidos eran claros y las voces sonaban alegremente. En los jardines, á lo largo de las avenidas, empezaban á brotar las primeras hojas y las ligeras ramas balanceábanse al impulso de un viento fresco. Por todas partes se deslizaban y caían trasparentes gotas... Los gorriones piaban y revoloteaban con sus diminutas alas. Del lado del sol, tras las avenidas, las casas, los árboles, todo se alegraba y brillaba. En el cielo, en la tierra y en el corazón del hombre todo era alegre y risueño.

En una de las principales calles, cabe la puerta de un palacio, veíase un poco de paja esparcida por el suelo. Habitaba en ese palacio aquella misma enferma, aquella moribunda que tanto se apresuraba para ir al extranjero.

Cerca de la puerta cerrada de su habitación, estaban el marido y una mujer de edad. El sacerdote sentado en un diván, con la mirada baja, tenía entre sus manos un objeto cubierto con la estola. En un rincón, una mujer anciana, la madre de la enferma, echada en un sillón lloraba amargamente. Cerca de ella, una doncella tenía en la mano un pañuelo, esperando que se lo pidiese. Otra frotaba las sienes de la anciana soplándole la cabeza por debajo de la cofia.